



rino, San Leon, Julio Africano, San Gregorio el Grande, etc., etc.

Y volviendo al sagrado texto de que abusan contra nosotros los impíos, decimos que se engañan mucho los que por *los hijos de Dios* entienden aquí *los Angeles*. Con aquellas palabras se indican los hijos ó descendientes de Seth, los cuales se enlazaron con la familia de Cain. Había dicho ya Moisés en el cap. IV, que en tiempo de Enós, hijo de Seth, la familia de estos comenzó á llamarse con el nombre de Dios, para distinguirse de la de Cain. Cuando los hijos ó descendientes de Seth, atraídos de la hermosura de las hijas de Cain, contrajeron matrimonios con ellas, de estos dispares enlaces resultó una generacion, que parece haber sido tan extraordinaria por su estatura y fuerza como por su impiedad y malicia. Los hebreos los han llamado *Nephilim*, y en la mayor parte de las versiones se traduce esta palabra por *gigantes*. Ella puede tambien significar, ó *dejectores*, como que con su gran fuerza arrojaban al suelo y postraban á los demás hombres, ó *deficientes*, *apostatae*, pues por su grande impiedad abandonaron á Dios. Los intérpretes judíos, por *los hijos de Dios* entienden á los principes y magistrados de entonces, los cuales, lejos de reprimir con su autoridad el vicio, daban ejemplo de él y escandalizaban, tomando las hijas de la baja plebe y empleando la violencia para corromperlas.

No puede dudarse que en los tiempos antiguos hubo hombres de una estatura y fuerza extraordinarias. San Cirilo atribuye esto á castigo del cielo, irritado contra los ascendientes de aquellos hombres. Este fenómeno creen otros haber procedido del gran vigor de los hijos de Seth, cuyos descendientes, segun algunos autores, fueron agigantados, mientras los de Cain no eran sino de estatura mediana. En una disertacion que se halla en la *Biblia* de Aviñon ha reunido Calmet muchos pasajes de historiadores y viajeros que prueban la existencia de los gigantes. Derham pone varios ejemplos de ellos, tomados de las antiguas y modernas historias. No admitimos ni desechamos todas estas relaciones, ni las pruebas en que se fundan; mas tampoco las hemos menester para poner á

cubierto la narracion de Moisés. En los lugares de la Escritura donde se hace mencion de los gigantes, es claro que se habla de ellos como de una cosa extraordinaria y maravillosa, como de una especie de hombres rara, bien que fuese mayor su número antes que después del diluvio.

Pero dice Voltaire, hablando del combate de David contra Goliat: «Tenia Goliat doce piés y medio de altura. Hoy dia no vemos hombres de tan alta talla; asimismo la constitucion del cuerpo humano es tal, que una estatura tan excesiva desconcertaria todas las proporciones de él, y haria al gigante muy débil é incapaz de tenerse en pié. Luego á Goliat se le debe mirar (advértase la ironía del impío) como un prodigio que presentaba Dios para mostrar la gloria de David.»

Voltaire quiere sin duda hacer gala de la varonilidad de sus talentos, desechando los hechos más auténticos por ser extraordinarios; pero con esto sólo consigue mostrarse superficial y poco juicioso. La existencia de los gigantes está demostrada por la Historia Sagrada y la profana, que uniformemente nos hablan de ellos. En buen hora niéguese Voltaire á creer lo que el monje Helinando publicó sobre la estatura de Pallas, hijo de Evandro; lo que Flegon dijo sobre Macrosiris, lo que Bocacio y Fasel han dicho de Polifemo; desestímese á Sertorio con Antheo, á Calmet con Tentoboco, etc. Pero el hombre sensato, aun prescindiendo de la revelacion, ¿desechará lo que Moisés, testigo ocular, dice de la estatura de Og, rey de Basan? ¿Lo que los espías enviados por él á los cananeos dijeron de la desmesurada talla de los descendientes de Enac? ¿Lo que Pausanias dijo del sepulcro de Asterio, el cual en su tiempo se veia aún en la isla de Ladé? ¿Lo que los historiadores romanos dicen del rey de Cimbra, el cual en el triunfo de Mario excedia á los trofeos, es decir, á unas grandes perchas cargadas de armas, las cuales se llevaban delante del carro del vencedor? ¿Lo que muchos viajeros, hombres de exactitud y verdad, refieren de los habitantes de la tierra magallánica? Estos y otros muchos hechos pueden verse en la citada disertacion y en otra so-



bre la América de D. Pernetz; en las relaciones modernas de los viajeros Biron, Guyot, Girandais, etc.; y sobre todo en una Memoria del célebre cirujano Le-Cat, que nada tenia de crédulo ó supersticioso. En vano el filósofo incrédulo se hubiera empeñado en oponerle *imposibilidades físicas* fundadas en la *constitucion del cuerpo humano*. Contra los hechos positivos no valen las conjeturas. En nuestros mismos dias hemos tenido gigantes, y los hemos visto con nuestros propios ojos; luego no es extraño que los hubiera en los tiempos antiguos.

En cuanto á la estatura de Goliat, segun el sábio autor de las *Metrologías constitucionales y primitivas comparadas entre sí*, era de seis codos civiles y un palmo, es decir, de siete piés, ocho pulgadas y media métricas. Igual fué la estatura de Hércules, y de una pulgada más por lo ménos la del famoso gigante irlandés O-Brien, que acaba de morir en Bristol, el cual, segun el *Diario de los Debates*, que nos ha anunciado su muerte, tenia ocho piés franceses, y segun otros, ocho piés y medio ingleses, que vienen á ser casi lo mismo.

Y aun cuando supusiéramos que los codos de que habla la Escritura no eran los medianos ó civiles de veinticuatro dedos, sino de los llamados *codos mayores*, en este caso la estatura de Goliat seria de diez piés, seis pulgadas, siete líneas de pié real; de donde habríamos de inferir que este filisteo era uno de los gigantes de la raza de Enac, de quien se habla en el libro de los *Números*, en el *Deuteronomio*, en Josué y en los *Jueces*.

El autor de las *Metrologías* prueba que los gigantes de las tierras magallánicas son de aquella raza, lo cual no debe parecernos extraño, pues los enacidas, como lo prueba Melot en su Memoria leída el 2 de Abril de 1743 en la Academia de las Inscripciones, se dispersaron por todos los países adonde penetraron los cananeos, y aun hasta las Islas Británicas. Los cananeos y fenicios eran antiguamente un mismo pueblo, de donde los *sábios ingleses* han inferido que en otros tiempos hubo entre los fenicios, lo mismo que entre los cananeos, una familia de gigantes, conocidos con el nombre de *los hijos de Enac*. Y añaden, que cuando

Josué penetró en la tierra de Canaan, parte de sus habitantes echaron á huir y se extendieron por las islas del Mediterráneo, sobre las costas de Africa, y quizá tambien hasta la Germania, como lo prueban el pasaje de Eusebio sobre la fundacion de Trípoli, la inscripcion de Tánger, las inscripciones hebraicas encontradas en Viena y referidas por Lazio. Debemos asimismo confesar, continúan los indicados autores, que algunos de los hijos de Enac siguieron á los cananeos fugitivos, pues hallamos sepulcros de estos gigantes por todas partes, adonde por las inscripciones nos consta haber penetrado aquellos pueblos: en Tánger, por ejemplo, el de *Antheo*, que hizo abrir Sertorio; en Asteria, cerca de Mileto, el del gigante *Asterio*, hijo de Enac; en Viena de Austria, el del gigante *Mordecai*, que descendia de la raza de los gigantes, sin que hagamos aquí mencion del lugar de Plauto, donde Cartago es llamada la *habitacion de los hijos de Enac*. Así es, añaden aquellos autores, que en la historia de las Islas Británicas encontramos vestigios antiguos de los hijos de Enac. Bruto á su llegada echó á los gigantes que las oprimian. La fiesta del idolo de *Osier* fué instituida para perpétuo monumento de esta libertad. Se sabe que en esta misma fiesta se celebró en otros tiempos el gran sacrificio de los druidas. Una estátua colosal hecha de mimbres tejidos á ralo se levantaba en la plaza pública, metíanse en ella hombres vivos, criminales ó inocentes, cuantos en aquella gran máquina cabian, y luego se encendia una hoguera grande bajo de este coloso, y sus llamas y humareda acababan con la vida de estos miserables. Tales, como este, eran los sacrificios que los cananeos hacian de sus propios hijos al idolo Moloch, y la Escritura nos manifiesta que principalmente por estas abominaciones mandó Dios exterminarlos.

IX

SOBRE EL CAP. V, DONDE SE TRATA DE LA LARGA VIDA DE LOS PATRIARCAS

Una de las más asombrosas particularidades que hallamos en la historia del mundo antes del diluvio, es la larguísima vida de los hombres de aquellos tiempos comparada con la bre-



vedad de la nuestra. Pocos llegan ahora á la edad de cien años, cuando entonces se pasaba con frecuencia de los novecientos. Esta desproporcion es tal, que en cierto modo podria parecer haber motivo para dudar de ella, si de consuno los historiadores sagrados y los profanos no la hiciesen incontestable. La historia y la fábula acordes, nos ofrecen monumentos de esta verdad. Lo que Homero hace decir á Nestor, á saber, que su larga vida era nada en comparacion de la de los antiguos héroes, está enteramente acorde con lo que Jacob dijo á Faraon sobre el particular. Ciertos restos de las primitivas tradiciones que han quedado esparcidos entre los antiguos pueblos con respecto á esta materia, á pesar de ser informes, alterados, y aún sin orden ni consecuencia, deponen á favor de los Libros Sagrados. Josefo, en sus antigüedades, alega los testimonios de Maneton, Beroso, Hestio, Jerónimo Egipcio, y de los autores de las antigüedades fenicias. Dice tambien que Hesiodo, Hecateo, Helanico, Acusilao, Eforo y Nicolao, atestiguan que los antiguos vivian mil años. De todos estos testimonios no nos queda ahora más que el de Hesiodo.

Como es imposible eludir estas autoridades, ni los críticos tratarán jamás de desecharlas, si son juiciosos; algunos autores, queriendo conciliar alguna verosimilitud al hecho de que tratamos, han supuesto que los años de aquellos primeros hombres no eran solares, sino lunares, con lo cual su vida queda mucho más corta aún que la nuestra. Pero esta hipótesis, sobre carecer de todo fundamento, abriria puerta á grandes absurdos. Seguiríase de ella que desde la creación hasta el diluvio no habian transcurrido más que ciento treinta años, sin embargo de contarse diez generaciones en este tiempo; que Matusalen hubiera vivido solos ochenta años; que Cainan y Enós hubieran sido padres en su niñez, á los seis ú ocho años; que muchos patriarcas despues del diluvio habrian tenido una posteridad muy numerosa sin haber llegado á la edad viril, como es de ver en Abraham, cuyos ciento setenta y cinco años de vida no llegarían á dar en esta hipótesis quince años. A consecuencia de esta demostracion, los sábios, con Blondel, Salmasio, los au-

tores ingleses de la *Hist. univ.*, etc., han concluido, que el mundo primitivo debió poblarse de un modo singular.

Dánse varias razones de esta longevidad de los primeros hombres. Algunos la atribuyen á la sobriedad y sencillez de sus condimentos, á la privacion del uso de las carnes, y á haber ignorado ese funesto arte inventado para fomentar la gula. No es despreciable esta razon; pero parece insuficiente para explicar cómo pudo vivirse entonces novecientos y más años. Personas muy sóbrias conocemos en nuestros dias, las cuales rara vez llegan á ochenta ó noventa años.

Otros la atribuyen á la bondad y excelencia de los frutos de entonces, y á alguna particular virtud que tendrían las plantas y las yerbas. Han creído algunos que de los primeros principios constitutivos de los cuerpos de aquellos hombres procedía la vida larga que se nos refiere de ellos. Se ha conjeturado, en fin, con más verosimilitud, que la principal causa de ella fué la pureza de los aires que entonces se respiraban antes de la catástrofe del diluvio, la hermosa y grata mansion que el globo ofrecía á los hombres, la uniformidad del clima, la igualdad de las estaciones, el no conocerse los inviernos rigurosos ni los excesivos calores, y aquella perpétua primavera, cuya memoria se ha conservado hasta nuestros dias en las descripciones de todos los antiguos poetas, etc.

X

SOBRE EL VERS. 3 DEL CAP. VI

3 *Dixitque Deus: Non permanebit spiritus meus in homine in aeternum, quia caro est: eruntque dies illius centum viginti annorum.*

3 Y dijo Dios: no permanecerá mi espíritu en el hombre para siempre, porque carne es: y serán sus dias ciento y veinte años.

Sobre lo que dice Moisés en el versículo 3 del capítulo VI, á saber, que Dios habia dicho que no permanecería su espíritu en el hombre para siempre, porque se habia vuelto carnal, y que *serian sus dias ciento veinte años*, dice Voltaire que la vida de los hombres sucesivos habia quedado reducida desde entonces á ciento veinte años, con lo cual pretende hallar falsedad y contradiccion en la Escritura, donde



consta que Noé, Abraham y otros habian vivido más. Pero el crítico, aunque lo disimule, entiende muy bien que en este lugar no se trata de la vida de los individuos, sino que al humano linaje le quedaban solos ciento veinte años de duracion, los cuales le concedía Dios para esperarle á penitencia; y que pasados ellos sin enmendarse y sin aprovechar este espacio que la divina misericordia le otorgaba para reconocerse, quedaria destruido por un diluvio universal. Mas el incrédulo, que no puede dudar que este es evidentemente el sentido del sagrado texto, está muy acostumbrado á no perder ocasion en que pueda blasfemar á diestro y siniestro.

XI

SOBRE EL VERS. 6 DEL CAP. VI

6 *Poenitui eum quod hominem fecisset in terra. Et lactus dolore cordis intrensecus, delebo, inquit, etc.*

6 Arrepintióse de haber hecho al hombre en la tierra. Y tocado de íntimo dolor de corazon, raeré, dijo, etc.

«Los críticos, añade Voltaire, llevan á mal el que Dios se arrepintiese. Pero el texto está tan claro y enérgico sobre este arrepentimiento de Dios, que seria atrevimiento no tomarle á la letra.»

Preguntamos: ¿por qué razon se han de tomar á la letra estas expresiones más bien que las de nuestros sofistas, cuando dicen, por ejemplo, que el corazon está lleno de alegría, penetrado de dolor, y lo dicen del modo más claro y enérgico? ¿Entienden por corazon la viscera que hace circular la sangre, ó como todo el mundo lo entiende en este caso, aquella parte de nosotros mismos que piensa, quiere y desea? Luego la palabra *corazon* será una metáfora, y lo mismo conviene decir del *arrepentimiento* de

Dios y su ira. Una y otra, bajo el emblema de las afecciones humanas, expresan el decreto con que Dios habia resuelto castigar á los hombres obstinados en sus desórdenes é incredulidad.

Como Dios es inmutable y soberanamente perfecto, no se le pueden atribuir pasiones ni miembros humanos, sino en un sentido metafórico. Dicese que Dios está *irritado*, cuando castiga. La ira de Dios, dice San Agustín, no es una pasion ó conturbacion del alma, como lo es en los hombres, sino una perfeccion suya que la Escritura expresa diciendo: Vos, Señor omnipotente, juzgais con tranquilidad perfecta. Dicese tambien que Dios *aborrece* á los impíos, porque mira con celo su propia gloria y culto y porque prohíbe dársele á otros que no son él. Y así las expresiones, de que se sirve el sagrado texto para manifestar la desaprobacion de Dios, son su abominacion y horror á los pecados y crímenes de los hombres. El decreto eterno de destruir por un diluvio el linaje humano prevaricador, no es más que un acto de su voluntad justísima, expresado por aquellos medios ó signos en que están convenidos los hombres para expresar los actos de sus inconstancias y aun de su mal humor. Bien conocemos cuán débil es este lenguaje; pero aunque tenemos en él una prueba de lo flacos é impotentes que somos, no por eso deroga en nada á la soberana majestad de Dios; porque de todos modos, siempre nos será una cosa imposible hallar expresiones proporcionadas á la sublimidad de las operaciones de aquel soberano Sér. Sin embargo, cuando el sagrado escritor nos dice, por ejemplo, que Dios se *arrepintió* de haber criado al hombre, no dejamos de entender que la corrupcion del humano linaje seria ya muy extrema, puesto que Dios resolvió destruirle con las aguas del diluvio.